

de significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien; el nombre propio de alma fiel, de hijo de la Iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los *Cantares* se dice: *No despertéis á mi muy amada* (1). Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama será muy amado de mi Padre y de mí* (2). San Juan, que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podía ser, pues, designado sino con el nombre de *discípulo muy amado de Jesucristo*. Esta sola expresión genérica con que es designado basta, como observa el doctor Silveira, para hacer conocer que se trata aquí de un misterio universal, que comprende, no á un solo hombre, sino á todos los hombres á los que conviene la calificación de *discípulo muy amado de Jesús*. Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaración más amplia y solemne de que la Madre de Jesús se hizo la madre de todos los cristianos (3).

Así, pues, no sólo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierna declaración; no sólo las funciones sublimes de sacerdote, de víctima y redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercía entonces, sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo sino en cuanto se refieren á un objeto más amplio y más elevado, todo nos de-

(1) Ne evigilare faciatis dilectam.

(2) Qui diligit me, diligetur a Patre meo, et ergo diligam eum.

(3) Joannes est nomen particulare, discipulus commune: ut denotetur quod Maria omnibus detur in matrem. (*Silo.*)

muestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopción por hijos de María, y que, como dice San Agustín, María se hizo entonces la Madre de todos aquellos que viven según el espíritu, ó, como afirma San Ambrosio, la Madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *Mujer*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas en vez de la de *Madre*, nos descubre un misterio todavía mayor, que la palabra *Madre* hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los transportes de una justa indignación, excitada por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia (1).

Pues bien; esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasión del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adán, pronunciaba la sentencia que le condenaba á él y á toda su posteridad á la esclavitud, á la maldición y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor, por el que debíamos ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. «Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre ti y la MUJER, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará

(1) Cum iratus fueris, misericordiæ recordaveris.

tu cabeza, y en vano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el texto original, tú romperás su calcañal (1).»

Es muy cierto, dice San Agustín, que la *serpiente* á quien fueron dirigidas estas palabras era el demonio, y que la *Mujer* cuyo elogio se hace es María (2). No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la *Mujer* de quien habló á la serpiente, quisiese designar á *Eva*, que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que había prestado tan fácilmente sus oídos, y mucho más aún su corazón, á sus mentirosas promesas. Existía, por lo mismo, una conformidad de pensamientos y de afectos entre Eva y la serpiente. Se había establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelión, de elevación y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debían á Dios. La obra del pecado había establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la mujer y el demonio ha sido la de María. Ella tuvo con Eva una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de común la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Extraña María al espíritu de la serpiente, y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quie-

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semem tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. (*Hebraic.*) Et tu conteres calcaneum ejus. (*Genes.*, III, 15.)

(2) Draconem illum diabolum significasse, nullus vestrum ignorat; mulierem vero illam, virginem Mariam, quæ caput nostrum integra integrum peperit. (*Ad Catech.*)

re, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho más humilde que Eva orgullosa, mucho más dócil, fiel y sumisa que Eva indócil, incrédula y desobediente. Jamás la vanidad envaneció su espíritu, jamás la curiosidad tuvo entrada en su corazón, y jamás la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. María, pues, fué verdaderamente aquella *Mujer* entre la cual y la serpiente reina la división más absoluta de intereses y de intenciones, la oposición más directa de deseos y de conducta, y la enemistad más profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia con que Dios la previno, y del Espíritu Santo, del que Dios la llenó; y, por consiguiente, sólo en María se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre ti y la mujer* (1).

La debilidad, la temeridad y la malicia de Eva habían dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de Eva pecadora pertenecían al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de María la hicieron Madre de Jesucristo, y en Jesucristo de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á Jesucristo por verdadero Padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores, los viciosos, los injustos, los que, como Eva, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem. (*Genes.*, III, 15.)

perversidad. Los hijos de Jesucristo, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la *Mujer*, ó de María, que es la Madre de Jesucristo, son todos los que, como María, tienen la fe y el espíritu de Jesucristo, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos, á quienes San Agustín llama las dos ciudades, Jerusalén y Babilonia, la ciudad del amor divino y la ciudad del amor de sí mismo, la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro, la ciudad de Dios y la ciudad del diablo, la Iglesia verdadera y el mundo condenado por Jesucristo y excluido de su oración. Ved aquí por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposición invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una guerra encarnizada é implacable, que durará hasta el fin del mundo, porque el odio recíproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separación entre la familia elegida y escogida y la familia culpable y reprobada, y de este modo es como se cumplen todavía estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya* (1).

(1) Inimicitias ponam inter... semen tuum et semen illius.
(*Genes.*, III, 15.)

El demonio había ensayado en vano contra María las asechanzas que le habían hecho triunfar de Eva; todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habían sido burlados. El sustituye, pues, el furor del león á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su Hijo, que le inspiraba más inquietudes y más temores aún que su Madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido, lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra Mí* (1). El demonio se empeña entonces en maltratarle del modo más bárbaro, y, como lo había anunciado Isaías, en quebrantarle y molerle en su carne pasible y mortal (2), haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien; siendo la carne lo que había de menos noble, como el calcañal, por decirlo así, en la persona de un Dios encarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió también la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tú quebrantarás el calcañal de la mujer* (3).

Mas ¿qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduría de Dios? Jesucristo había ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo había eclipsado su majestad sometiéndose á toda especie de

(1) Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum.

(2) Attritus est... et voluit conterere in infirmitate.

(3) Et tu conteres calcaneum ejus.

tormentos y de oprobios, que parecían absolutamente incompatibles con su origen divino, y María había ocultado su dignidad, sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores, que parecían igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habían ocultado bajo las apariencias de una violencia exterior la libertad y el amor con que María ofrece á su Hijo, y Jesús se ofrece á sí mismo por la salvación del mundo. El demonio, por el contrario, calculando según su orgullo la manera con que debiera mostrarse un Hijo que tenía al mismo Dios por Padre, y de una Madre que tenía un Dios por Hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, consentida y aceptada, y que tenía su raíz en un corazón abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza exterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San León, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguía á Jesucristo de todos los demás hombres; él creyó que el segundo Adán descendería del primero, no sólo por la carne, sino también por las obras, y que heredaría su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado había sujetado á su imperio (1). Por esta razón tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la santidad misma, en la que no había podido descubrir el menor vestigio

(1) Non vidit libertatem singularis innocentiae, similitudinem persequendo naturae: Adam enim primus et Adam secundus unum erant natura, non opere. (S. Leo.)

de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inmolado á su crueldad á Aquel que nada le debía, al nuevo Adán, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adán le había hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos (1). Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir, con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir, con sus pies, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la más distante de la cabeza y la más próxima á la tierra, y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente había quebrantado, sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal, ó á la humanidad del Señor, más que heridas pasajeras, que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aquí que ella, á su vez, no sólo tiene herido el pie, sino quebrantada la cabeza, y esta herida le es común con todos los príncipes de las tinieblas, cuyo imperio destruyó (2). Pero bien; siendo Jesucristo el verdadero Hijo de María, habiendo recibido de María la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece también á María; que en la persona de su Hijo y por medio de su Hijo, clavado en la

(1) Ibi exactor ausus est esse debiti ubi nullum potuit vestigium invenire peccati. Omnium captivorum amisit servitatem, dum nihil sibi debentis persequitur libertatem. (Ibid.)

(2) Omnes principatus per abjectionem passibilis carnis elisit. (S. Leo.)

cruz, Ella también quebrantó la cabeza de la serpiente. Así se cumplió también la otra parte del divino oráculo, que anunciaba que la mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habría quebrantado (1).

Por medio de Jesucristo, su Hijo, en cuyo sacrificio tomó María la parte más importante, no sólo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se explicará más latamente en la segunda parte, se hizo también, en todo el rigor de las palabras, la Madre de todos los Hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia, de una posteridad que jamás le faltará hasta el fin del mundo.

En el día de la anunciación se hizo María Madre de Jesucristo ó de la cabeza; pero sólo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia, porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo. Jesucristo es Hijo de María; la Iglesia, que es la familia del uno, se hizo, por consiguiente, la familia y la posteridad de la otra. San Juan, aquel discípulo fiel y amado de Jesucristo, fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes expresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de María.

No puede, pues, dudarse que la profecía del *Génesis*,

(1) Ipsa conteret caput tuum, et tu conteres calcaneum ejus.

que anunciaba una enemistad entre la mujer y la serpiente, y que la descendencia de María, unida á su cabeza, quebrantaría la cabeza de la serpiente y humillaría su orgullo; no puede dudarse, repito, que esta magnífica profecía, la más antigua de todas las profecías relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santísima Madre, tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduría divina, fué por lo que Jesucristo, en el Calvario, dió á María el título de MUJER, y no el de Madre, pues que con esta misma palabra había Dios designado á María cuatro mil años antes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta MUJER del Calvario es la misma MUJER de que habló en el paraíso terrenal, y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos antes, recibe su cumplimiento. Después añade Jesús: *He ahí tu hijo*. Como si le hubiera dicho: ¡Oh María! En este momento en que estáis unida á Mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos; en este momento en que os inmoláis en Mí y conmigo, ved ahí que Vos sois la MUJER, la MUJER perfecta, la MUJER por excelencia, que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os hacéis Madre de una posteridad santa, y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacerán, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor y por vuestros dolores, y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colige lo que debe pensarse de esos intérpretes que, apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *Mujer*, y no *Madre*, para no afligirla más ni desgarrar su corazón maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que había entre el Hijo propio y legítimo que perdía, y el hijo adoptivo que se le daba como en compensación, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado más cruelmente su maternal corazón. Es decir, que esta interpretación, aunque piadosa, no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Correntora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios más sublimes que se cumplieron en el Calvario, y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenía muy presentes los Libros Santos; que iba á cumplir todo lo que El mismo había hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mutuamente una luz divina, que los explica, los prueba y los confirma; que son dos columnas que se sostienen mutuamente y forman, como dice San Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera religión.

Después de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aquí se deducen.
